

---

# Manual para viajeros por España y lectores en casa

---

## País Vasco, Aragón y Navarra

---

Richard Ford



# *Manual para viajeros por España y lectores en casa*

*que describe el país y sus ciudades, los nativos y  
sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas,  
bellas artes, literatura, deportes y gastronomía*

*País Vasco, Aragón y Navarra*

**Richard Ford**

TRADUCCIÓN DE JESÚS PARDO

BIBLIOTECA TURNER



Título original:

*A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home /  
The Basque Provinces / Kingdom of Arragon / Kingdom of  
Navarre*

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez  
Compaginación y corrección: EB8  
Ilustración cubierta: Mapa de España, 1846

La editorial agradece todos los comentarios y  
observaciones: [turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

ISBN EPUB: 978-84-15427-04-9

ISBN obra completa: 978-84-15427-15-5

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No  
está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra,  
ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método  
sin la autorización por escrito de la editorial.



**Libro I**  
**LAS PROVINCIAS VASCONGADAS**

Las provincias vascongadas son las tres provincias unidas de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa. Vizcaya, la de más extensión, es de aproximadamente ciento seis leguas cuadradas. Guipúzcoa, la más pequeña, solo tiene cincuenta y dos; es, sin embargo, la de mayor densidad de población, con aproximadamente dos mil habitantes por legua cuadrada. Álava tiene alrededor de noventa leguas cuadradas de extensión, y se encuentra entre Guipúzcoa y Navarra.

Estas provincias, que forman el triángulo montañoso del nordeste de la Península, son la Cantabria de los antiguos, nombre que según algunos deriva de *Kent-Aber*, palabra que traducen por “el rincón del agua”. Este rincón del país, como nuestro País de Gales, es el hogar de lo que queda de los habitantes aborígenes, los *αυτοχθονεζ*, quienes, siempre que se sentían hostigados por invasores extranjeros, se refugiaban en sus ásperos recovecos, en los que no podían ser conquistados por un pequeño ejército, y donde un ejército grande estaría condenado a morir de hambre. De esta forma, siempre libres, el carácter de la raza primitiva y sin mezclas se conserva fuertemente, tanto por lo que se refiere al idioma como a la nacionalidad. El yugo, más bien teórico, de los romanos, los godos<sup>[1]</sup> y los moros fue demasiado efímero para dejar huellas de su paso. Estos montañeses, criados en montañas saturadas de metales, y acunados, entre tormentas, en una cuna tan indomable como ellos mismos, siempre han sabido forjar su hierro en forma de armas y blandirlas en defensa de su independencia; ¿y qué arma iguala a la forjada con la reja misma del arado? Esta suficiencia en sí mismos es el significado que Perochegui da al nombre de vasco, el cual según él se deriva de *Bayascogara*, “somos bastantes”. El

vasco de nuestros días sigue siendo el cántabro de siempre: impaciente ante el dominio extranjero, *indoctus juga ferre nostra*, se aferra a su libertad inmemorial, y mira con desprecio incluso a los castellanos viejos, por considerarles de origen nuevo y secundario. Un sentimiento de que la separación supondría debilidad ha mantenido unidas a estas provincias, enseñándoles el secreto de la unidad, precisamente lo que le falta a la España desunida y dividida contra sí misma. Los vínculos de unión son un consejo común de representantes y una alianza común contra todo lo que no es vasco. Esta asociación federal se expresa en su símbolo nacional, que consiste en tres manos juntas, con el lema "*Irurac Bat*", que es equivalente de la *tria juncta in uno* de la Orden de Bath de nuestros reinos unidos. El escudo de armas es de "plata, el árbol de Guernica verde, con lobos de gules, con una orla de ocho cruces de oro".

Los vascos han tenido menos éxito por lo que se refiere a resistir invasiones por mar, ya que fueron parcialmente dominados hacia el año 870 por un normando de cabellera rubia llamado Zuria, aventurero procedente de Noruega o de Escocia, y a esta mezcla extranjera han sido atribuidos su complexión clara y su inmemorial gobierno representativo. Estas provincias, cuando los descendientes de los godos comenzaron a ganar terreno a los invasores moros, se formaron por sí mismas en una confederación de pequeñas tribus o repúblicas separadas unas de otras, pero todas ellas bajo la autoridad teórica de un Señor, hasta que, finalmente, en el siglo XIV, Nuña, el decimonono Señor, murió dejando dos hijas, una de las cuales se había casado con Juan de Aragón, y entonces Pedro el Cruel aprovechó la oportunidad, haciendo matar a su marido y anexionando el Señorío a la corona de Castilla. Poco después lo cedió al Príncipe Negro a modo de compensación por su ayuda en

Navarrete. Sin embargo, habiendo recibido los vascos instrucciones reservadas de no permitir que el extranjero se apoderase del territorio, nunca lo hizo: y teniendo en cuenta el carácter púnico de don Pedro el Cruel, convengamos en que su salvador fue afortunado por haber salido del paso con vida.

Los vascos no han olvidado la lección de los engaños de su monarca y, en consecuencia, han vuelto su propio brazo contra sus sucesores. De esta manera, siempre que estos promulgaron decretos nocivos para sus fueros, los recibieron con aparente obediencia, pero tratándolos en la práctica como papel mojado, es decir, que los han obedecido pero no cumplido. Aunque incorporadas las provincias a la monarquía castellana, los fueros fueron rígidamente conservados, y los reyes de Castilla, en tanto que Señores solamente de Vizcaya, siempre juraron mantenerlos al subir al poder y con la misma regularidad hicieron cuanto pudieron por subvertirlo, como hubiera hecho también Fernando VII de no haber sido porque la revolución francesa de 1830 frustró sus proyectos. Los vascos, en consecuencia, siempre se han mantenido alerta, y han temido con razón las doctrinas modernas del centralismo, que corroen las libertades locales. Y sus temores fueron proféticos, porque el primer acto impolítico de Castañón después de la muerte de Fernando consistió en abolir estos fueros, con lo que arrojó a los vascos a la causa de don Carlos, en quien veían un principio conservador. Su grito era: "Conservar intactas la Fe y las costumbres antiguas", y fue por esto por lo que participaron en su lucha, es decir, más bien por su propia independencia que por amor a su persona o sus derechos. Estos fueros vascos fueron compilados oficialmente por primera vez en 1526 por una comisión del país nombrada por Carlos V, e impresos en

1527. Los expertos en economía política de Madrid siempre han considerado que estos privilegios eran inventos trasnochados dictados por necesidades medievales, y ahora perjudiciales no solamente para el reino en general, sino también para las provincias vascas mismas. Y en la práctica es cierto que respiran un aislacionismo local mezquino y un monopolio rígido, y que detestan todo lo que huelga a comercio libre. Cada Partido o distrito trata a sus vecinos como si fueran rivales, y es raro que acceda a comprarles nada hasta que todo lo producido en su propio territorio haya sido consumido, pero el hombre tolerará y hasta se gloriará de cualesquiera cadenas siempre y cuando sea él mismo quien se las haya impuesto, y en el autogobierno local es donde se forman el carácter nacional y la capacidad de libertad. Por lo tanto, los vascos, que aguantan lo malo junto con lo bueno, y que siempre se han sentido contentos y libres con sus derechos, se aferran a ellos como garantías de futura vitalidad y prosperidad, y sus sombras de libertades, como nosotros los ingleses las llamaríamos, les parecen a ellos luces brillantes que les iluminan en medio de la oscuridad circundante. Los fueros de la Península han sobrevivido a muchos cambios y vicisitudes, y han resistido a muchos enemigos, tanto internos como exteriores. Han seguido existiendo cuando poco que pudiera llamarse español existía, aparte del fértil suelo y los nobles corazones de la gente honrada, han mantenido a España española, porque estas instituciones estaban de acuerdo con el carácter nacional, que, esencialmente localista, aborrece el sistema centralizador extranjero. Y también han ido creciendo con el crecimiento del país, llegando a convertirse en parte integrante de la constitución, y aunque quizá no sean en términos abstractos lo mejor, son, sin embargo, lo único que ha sido posible conseguir y

conservar. Tarde o temprano los fueros vascos acabarían por ser abolidos, siempre y cuando pueda formarse un gobierno realmente fuerte. Entretanto, la política del *imperium in imperio* continúa, permitiendo a cualquier alcalde erigirse en mandarín, y al cura en papa de su particular aldea, y lo gobernarán ambos espiritual y temporalmente, indiferentes a las órdenes o deseos de quienes son sus teóricos superiores, cuyas órdenes ellos evaden o desobedecen. La independencia religiosa conseguida por los fueros presenta una extraña anomalía en la España prelática; aquí es desconocido el cargo episcopal, y el cura párroco está exento de todo control diocesano. El volumen de impuestos, además, es fijado por los representantes, elegidos por el pueblo mismo, y su pago es llamado donativo, o sea, dádiva, no tributo o servicio, como en Navarra. Están libres también de la quinta, o sea, el maldito servicio militar, esa contribución de sangre, como los españoles, que no son amigos de morderse la lengua, llaman a este impuesto de seres humanos, apropiado invento de una revolución que, como Saturno, devoraba a sus propios hijos. Cada partido organizaba aquí sus propios tercios o milicias, que no están obligados a servir más allá de sus respectivas provincias, y de ahí la dificultad que encontró don Carlos en conseguir que sus vascos avanzasen hacia Aragón o las Castillas. Asimismo, están exentos del latoso papel sellado y de las pólizas e impuestos de Castilla, así como también de los escribanos gubernamentales, los cuales, como clase, son los más grandes pícaros que hay tanto en España como fuera de ella, ya que su deber es tomar declaraciones, que ellos matizan o suavizan según la cantidad que hayan recibido como soborno. Y además, estas provincias están libres del azote fiscal que son las aduanas españolas y sus aduaneros; por lo tanto, la línea española de inspección y de servicios

preventivos no se situó en el Bidasoa, que es la verdadera frontera de la Península, sino en el Ebro, con lo que estas provincias, por estar situadas entre Francia y Castilla la Vieja se convirtieron en terreno neutral y paraíso de contrabandistas, cuyas grandes ganancias se hacían a expensas del tesoro de España. Espartero, cuando se sintió irritado por los complots que se fraguaban en París contra él, cambió la frontera comercial hasta donde estaba la geográfica, en los Pirineos, lo que asestó inmediatamente un serio golpe al comercio contrabandístico, pero esta sana política fue contrarrestada por los cambios subsiguientes, y con los trastornos y expedientes de la época, cuando los ilógicos cristinos plantearon de nuevo la cuestión de los fueros vascos en 1844, los mismos fueros que ellos mismos habían sido los primeros en abolir en 1833.

Otros detalles sobre este tema apenas interesarán al lector inglés. Otro de sus privilegios es la nobleza general, que les es garantizada a todos por el mero hecho de haber nacido en estas provincias. Hijos de cristianos buenos y viejos, libres de toda mácula judía o mora, los vascos representan el “hebreo de los hebreos” y son los caballeros más góticos de toda España, y por consiguiente, *caballeros, hijos de algo*. Es verdad que donde todo el mundo es tan noble, la distinción es de poca importancia; sin embargo, como otros montañeses, estos vascos se sienten muy obsesionados por la genealogía y el bocio. Perochegui (*Origen*, página 9) elogia así de modestamente a su amada Cantaberría: *“Hidalguía en abstracto, río caudaloso de Nobleza, solar indicativo y demostrativo de Nobleza, antiquísimo seminario de la nobleza de España”*. Sería mejor si hubiera unos pocos seminarios más modernos y más corrientes.

Agresivos como los galeses, orgullosos como el mismo Lucifer y combustibles como sus propias cerillas, estos empobrecidos aristócratas se encienden en cuanto se ponen en duda sus árboles genealógicos. Aquí el orgullo del nacimiento (que en sí mismo no es cosa de echar a un lado) se lleva hasta el exceso y, cuando va acompañado de la pobreza, ese *magnum opprobrium*, justifica la observación de Juvenal (III , 152) de que hace a los hombres ridículos, y bien sabía don Quijote cómo enojar a los vascos, diciéndoles que “no eran caballeros”. La nobleza vasca consiste muy frecuentemente más en sangre que en maneras, y estos cántabros son mejor nacidos que educados, pues no siempre se muestran corteses o demasiado rápidos en rendir honores a quienes les son debidos. Como un asno salvaje del desierto, el vasco considera una especie de ordinariez el indicar una independencia republicana, y piensa que la deferencia que la persona bien educada muestra para con los demás de su misma clase (lo cual constituye la mejor garantía de reciprocidad) es una degradación de su noble derecho innato. El trato que nuestros soldados han recibido a manos de los vascos, desde el Príncipe Negro hasta sir de Lacy Evans, ha sido siempre todo lo contrario de lo que se entiende por amistoso, incluso cuando estábamos luchando sus batallas. El Duque no encontró un solo enemigo entre la gente honrada de España hasta que entró en estas provincias, cuando los vascos, salvados únicamente por él de los invasores, se levantaron en su retaguardia, como en los tiempos antiguos, “*impacatos a tergo horrebis Iberos*” (*Geórgicas*, III , 408). De la misma manera recompensaron a Carlomagno, a quien habían llamado para que les ayudara. Bien podía el duque pedir ser liberado de tales aliados, ya que de todos los enemigos que tenía delante sabía muy

bien protegerse por sí solo, y, finalmente, cuando se vio vencedor en los Pirineos, y siempre previsor, advirtió al ministerio, en Inglaterra, que se preparase para una guerra contra ese mismo país que sin él hubiera seguido siendo una provincia de Bonaparte, a quien los vascos habían recibido con entusiasmo, entre arcos de triunfo con la leyenda *“a l’héros invaincu, les Cantabres invaincus”*.

Los vascos modernos, sin embargo, por bravos y activos que sean individualmente, son muy malos soldados regulares, ya que se muestran demasiado obstinados y tercos para tolerar la instrucción y la disciplina, y además solo pueden ser dirigidos, y aun eso de manera imperfecta, por compatriotas suyos. De aquí que Gonzalo de Córdoba afirmara que preferiría dedicarse al cuidado de bestias salvajes que a jefe de vascos. Como guerrilleros son excelentes, ya que sus costumbres activas de vida montañera y contrabando les han educado para la guerra intermitente de emboscadas fronterizas, incursiones y luchas al acecho de la maleza. En las salvajes sierras de Guipúzcoa el pastor Gaspar Jáuregui organizó bandas que eran una constante amenaza en el camino del invasor.

En tiempos de paz, el comercio y la pesca constituyen la ocupación de los que viven en la costa, y los minerales de las montañas preñadas de metal son también forjados en herrerías tan toscas como las de los iberos, ya que el vasco no es trabajador ingenioso. Los limitados atractivos que ofrecen esas provincias al extranjero son principalmente los de la naturaleza, porque las ciudades carecen de atractivos sociales, históricos o artísticos, mientras que las aldeas han sido casi todas arrasadas durante las guerras civiles: primero porque carecían de murallas, y en segundo lugar porque la población masculina estaba casi toda en el ejército. Sin embargo, hay allí mucha menos pobreza

abyecta y miseria harapienta que en las aldeas de Castilla, donde el sol reseca la tierra y agota incluso la industria humana. Las principales ciudades tienen pocos encantos, excepto para los viajantes de comercio, porque sus republicanos habitantes no poseen ni palacios ni galerías de arte, ni menos aún tienen catedrales estos cristianos no episcopales, y como los ricos prelados y capítulos han faltado allí siempre, se encuentran pocas iglesias con pretensiones arquitectónicas. Las ciudades son como las de Suiza, rodeadas por verdes colinas y animadas por claros arroyos llenos de truchas, las calles están tendidas con frecuencia en línea recta, cortada por otras en ángulo recto, las alamedas son bonitas, suele haber un juego de pelota o frontón, y raras veces falta una plaza pública. Las defensas y las murallas son sólidas, porque allí abundan la piedra y el hierro, y el clima es húmedo. Cuando llueve es “contra toda razón y experiencia”, *κατα δοξωζ*, que, nos parece, debe de ser el verdadero origen etimológico de nuestro *cats and dogs*. Las viviendas sombrías, con sus miradores, están tan sólidamente construidas que parecen fortalezas, y aquí, ciertamente, cada casa es el castillo de su dueño. También parecen prisiones a causa de las rejas de hierro con que están defendidas. Los soportes en que descansan los aleros salientes están con frecuencia ricamente tallados, y estos aleros, ciertamente, protegen a las casas de la lluvia, pero al mismo tiempo bañan a los transeúntes con verdaderos diluvios. A este estado de inseguridad general hay que añadir la pompa y la heráldica, ya que los escudos de armas, tan grandes como el orgullo de sus dueños, están esculpidos sobre los portalones, y contiene más cuarteles que sillas hay en el cuarto de estar o cosas de comer en la despensa, pero el orgullo y la pobreza apagan aquí el fuego de la cocina.

La agricultura, que era la ocupación de Adán, el primer caballero que llevó armas, no es considerada degradante por estos nobles campesinos. Sus hidalgos o clase superior son algo semejantes a nuestros *squires* o *yeomen* ricos, y su categoría como nobles es mucho más alta que como seres inteligentes, ya que manadas enteras de ellos no bastarían para hacer un Cervantes o un Velázquez; ¿cómo es posible que adquiriera sabiduría quien solo aferra el arado y no habla más que de toros?

Como estas provincias no fueron conquistadas en una campaña a los moros, como Murcia y las otras, nunca ha habido en ellas concesiones territoriales importantes a favor de grandes nobles, y la propiedad, en consecuencia, está muy subdividida en mayorazgos de varios y curiosos tipos. Como aquí escasean el capital y el conocimiento, hasta la agricultura está mal llevada, y tampoco son muy conocidos de esta gente los pastos artificiales, aunque se rumorea algo sobre nabos. Son los músculos humanos los que suplen la falta de maquinaria, y mujeres y niños se afanan en los campos con sus máquinas de sangre agotándose como entre los árabes, pero tal es su duro destino en estas provincias del noroeste. Hay una rebatiña por la tierra, y en una población densa y competitiva todos tienen que trabajar temprano y tarde o morir de hambre. De esta manera, a pesar de que estas provincias han sido desde hace largo tiempo escenario de las recientes y sanguinarias guerras civiles, no se echa de menos a los muertos y sus huecos se ven rellenos por el abundantísimo remanente. Las granjas vascas son pequeñas y muchas de ellas no pasan de cuatro o cinco acres, o sea, la tierra que un hombre, su mujer y su familia pueden cultivar por sí solos. Es muy común el cultivo con azada o, mejor dicho, con una especie de azadón o tenedor de púas llamado laya. A pesar

del duro trabajo, los agricultores, en general, son bastante acomodados. En cualquier caso el campesinado constituye la mayor parte de los vascos, y si se les trata con buenas maneras son civiles y hospitalarios en la medida en que sus humildes medios se lo permiten. Son gente sencilla, resistente y paciente, con las virtudes y los vicios de los pueblos de montaña, y, como no conocen nada mejor, no se les ocurre lamentarse de su suerte, sino que sienten con gran fuerza el atractivo de los hogares montañosos, aman sus roquedos y sus Alpes y se sienten muy desgraciados cuando se ven separados de ellos.

Cara es la choza a que sus almas se acomodan, y caras las montañas que les elevan hacia la tormenta.

Estas provincias están formadas por montañas y valles, con una costa marina. Las vertientes elevadas están cubiertas de robles y castaños y el producto de estos últimos es exportado a Inglaterra y forma también parte del régimen alimenticio de estos frugales indígenas: Calientes y Gordas. El trigo madura solamente en las localidades favorecidas y el maíz es el tipo de pan cotidiano. Hay buena leche y mal queso, y buenas manzanas, que abundan como en las Geórgicas.

*...Sun nobis mitia Poma  
Castaneae molles, et pressi copia lactis.*

Aquí se hace también un vino bastante regular llamado chacolí (véase Bowles, 305), en árabe *chacalet*, palabra que significa debilidad, poca densidad, y la bebida bien que justifica esta derivación, ya que es muy inferior a la buena sidra del condado de Devon y se parece a esos vinos franceses muy *ordinaire* de Surenne y de Brie. Los vascos,

como nunca han tenido nada mejor, lo beben abundantemente, y a fuerza de costumbre han llegado a cogerle gusto, aunque sienta mal al paladar y al estómago de los extranjeros, que no tienen la dura *vascorum illia*; pero es que el estómago, la digestión y la resistencia de los cántabros han sido heredados por los vascos, que siguen siendo "*hiemisque aestusque famisque invicti*" (Silio Itálico, III , 326). Las clases bajas, como en oriente, son frugales, más bien a causa de su pobreza que de su voluntad, moderadas por necesidad, no por elección suya. Siempre que se les ponen delante comida y bebida las consumen en la cantidad que sea, y se aprovisionan en la tripa para veinticuatro horas por lo menos, por estar siempre inseguros de volver a tener otra oportunidad parecida. La mejor manera de llegar a su corazón es precisamente atajando por el estómago, y su bendición al hospitalario forastero está relacionada con "la sabrosa carne".

El vasco, por ser el jefe de la familia ibérica, se siente naturalmente con prejuicios a favor de su tierra y de sí mismo.

Es ultra-localista y raras veces se va siquiera de su parroquia, y por lo tanto sobrevalora su propia ignorancia tanto como menosprecia la inteligencia de los otros. Si el castellano ve doble a favor de sí mismo, el vasco ve cuádruple, y su capacidad de visión es aguda en todo lo que se refiere a sí mismo y a sus intereses, porque, en su ámbito limitado, él mismo constituye el primer término y la principal característica de su mundo pequeño. Pero él mismo, su propio yo, por estar situado tan cerca, se levanta ante ellos a una escala demasiado grande y en colores demasiado brillantes, y como su ojo, por lo que a perspectiva se refiere, es tan defectuoso como en lo relacionado con las proporciones, todas las cosas y personas

situadas más allá de sus límites le parecen demasiado diminutas y secundarias.

El domingo es el día mejor para observar los hábitos y las diversiones del campesinado. Todavía se llama Astartea, o sea, la fiesta dedicada a Astarté, que en la práctica es reemplazada por la Virgen. Pero, por la misma regla de tres, nuestra *Easter* no es más que Eoster (¿Vesta?), una diosa anglosajona venerada en abril; igualmente vemos que el redoble del tambor que marca el comienzo del día en España se llama todavía la Diana.

Los días de fiesta vascos se celebran con canciones, bailes, juegos con bastones y cabezas rotas, que les gustan tanto como a sus vecinos los asturianos, a quienes odian. Sus canciones se parecen a las de los gallegos, a quienes, por lo demás, aborrecen. Sus llamados instrumentos musicales, como el chillo de las macizas y pesadas ruedas de sus carros ligeros, merecen ser acompañados por tan roncas voces y tan melancólicas melodías, pero estos chillidos y chirridos que dan dentera causan infinito deleite a los graves bueyes y a sus pacientes conductores. Los instrumentos son el pandero moro y la gaita o cornamusa, que parece tener cierta atracción para los oídos de los montañeses. *Gayt* en árabe significa el cuello largo del avestruz, y de aquí su significado secundario de caño o tubería. Los bailes vascos son sálicos y curiosos; el zortico, o “evolución de ocho”, consta de dos partes, la danza real, el comienzo, y el arrín arrín, o conclusión. Este baile se ejecuta principalmente en Azpeitia al sonido de toscos pífanos, panderetas y un instrumento llamado el silbato, que se parece a los de los pifferari, en Roma, y es probablemente tan antiguo como estos. La carrica es una danza que se ejecuta en las calles, la espata danza es un resto del primitivo *tripudium* de los iberos. Los vascos, de oídos de

cuero, se deleitan con cualesquiera otros sonidos atroces, y especialmente con los disparos de armas de fuego en las bodas. Su traje no es muy agradable; sus sombreros, feos y malos, son muy irlandeses. Estos campesinos hirsutos y de piel áspera usan zuecos, *abarcas espadillos*, hechos con pieles y atados ligeramente con correas. De esta manera el agua y el barro se exprimen y salen. En el tiempo seco prefieren la sandalia o alpargata, que, sin embargo, no aguanta mucho la humedad. Los zapatos son raros aquí, ya sean de cuero o de madera, madreñas, los *sabots* franceses. Las mujeres llevan el pelo en largas trenzas, y se cubren la cabeza con una capucha o capuz, que resulta más práctico que pintoresco. Los vascos son muy dados a peregrinaciones a las cimas de los montes, donde el chacolí y la *shillelah* se usan con ejemplar devoción, y ¡qué escogidos son esos “lugares altos”!, ¡cómo llena de alegría el aire fresco, cómo deleitan las vistas, cómo, a medida que ascendemos, se va dejando abajo la tierra, mientras subimos como al cielo!, y entonces ¡con qué apetito descienden todos, y qué dulce es el sueño cuando la conciencia descansa tranquila y el cuerpo está fatigado por esta combinación de devoción y ejercicio!

Entre otras costumbres antiguas, existe aún la de ofrecer trigo y pan a los manes de los muertos en el aniversario de su defunción. Estas oblaciones se llaman Robos, por una medida aragonesa tomada de la arroba mora. Compárese con la *Sparsae Fruges*, de Ovidio (*Fastos*, II, 538), y con la cebada ofrecida a Júpiter Poliano (Pausanias, I, 24.4). Los vascos, como corresponde a un pueblo sui géneris, tienen lenguaje propio, que pocos, aparte de ellos mismos, son capaces de entender. Y tampoco puede decirse que valga la pena aprenderlo, ya que carece de literatura escrita, mientras que la conversación de los indígenas apenas llega

a esa alta calidad intelectual que es la recompensa del estudio. Su pronunciación no es fácil, en el mejor de los casos, si es cierto el chiste andaluz de que “el vasco escribe Salomón y pronuncia Nabucodonosor”. El buen gusto sutil del oído antiguo rechazó como bárbaras estas palabras vascas, tanto por sus sonidos como por su ortografía, ya que no era posible ni escribirlas ni decirlas debido a su tondeez τηζ γξαφηζ (Estrabón, III, 234. Véase también Plinio, “N. H.”, III, 3, y Marcial, IV, 55-59). Pomponio Mela (III, 1) va más allá: “*Quorum nomina nostro ore concipi nequeant*”. Después de citar tales autoridades, nosotros protestamos también de que se nos pueda considerar responsables de la ortografía o el significado de cualquier palabra vasca que nos veamos obligados a usar aquí.

Y nuestros lectores quedan también advertidos contra las extrañas teorías y tratados de los anticuarios e historiadores vascos, que compiten en fantasía con los irlandeses. Humboldt, alemán de espíritu crítico y libre de prejuicios y predilecciones nacionales, es la mejor guía en esto; considera que el vasco fue hablado antiguamente en toda la Península, como se ve demostrado en la nomenclatura local y por otras cosas que no suelen estar sujetas al cambio.

Los vascos se llaman a sí mismos *Euscaldunac*, a su país *Euscalería* y a su lenguaje *Euscara*. No tienen el sonido *f* ni palabra alguna en su idioma que empiece con *r*. Esta sílaba *Eusc* es la antigua *Osc*, *Vesc*, *Vasq* de Italia e Iberia. Según Perochegui, Adán, el primer caballero, habló vasco, por ser el lenguaje de los ángeles, lo cual, ciertamente, parece extraño. Además este lenguaje fue traído puro a España por Tubal mucho tiempo antes de la confusión babélica de lenguas. Angélico o no, el vasco es tan difícil que el diablo, que no tiene un pelo de tonto, parece haberlo estudiado siete años en Bilbao sin haber llegado a aprender más de

tres palabras. La gramática y las declinaciones, como se puede suponer, son sumamente complejas. El lenguaje vasco es distinto del irlandés, celta y galés, del que ha sido considerado por muchos como hermano. Nuestro amigo Borrow, uno de los políglotas de nuestro tiempo, nos asegura que es de origen tártaro, semejándose por su estructura al manchú y al mongol, con un evidente elemento sánscrito.

Las mejores obras de consulta sobre estas provincias son: *Averiguaciones da Cantabria*, Gabriel de Henao, Salamanca, 1689; *La Cantabria*, cuarto, Madrid, 1768; *Historia de Álava*, Landázuri, cuarto, Vitoria, 1798; *Noticias históricas de Álava*, etcétera, Juan Antonio Llorente, cuarto, cinco volúmenes, y el excelente *Diccionario Geográfico de la Academia*, De Travia, cuarto, dos volúmenes, Madrid, 1802.

## VITORIA

Vitoria es una ciudad activa, floreciente, parada de coches, que por estar junto al camino real entre Francia y Madrid, está llena de diligencias y posadas decentes. El Parador Viejo y El Parador Nuevo son las mejores y, ciertamente, cuentan entre las mejores de toda la Península, por ser más europeas que españolas, y por tener alfombras, habitaciones empapeladas y hasta timbres.

Vitoria, con unos doce mil habitantes, es la capital de Álava: está situada sobre una suave eminencia que se levanta sobre su llanura, porque tal es lo que la palabra *beturia* quiere decir en vasco. La ciudad fue muy mejorada hacia 1181 por Sancho el Sabio de Navarra, para conmemorar una victoria ganada por él contra los moros. Este nombre ha sido confirmado y fijado por el Duque para siempre. La ciudad se divide en las partes nueva y vieja,

que contrastan la una con la otra. La segunda, con su curiosa plaza y sus calles oscuras y tortuosas, que contrastan completamente con la otra, que es toda de líneas rectas. Vitoria tiene una Colegiata que Adriano VI, que había recibido en este lugar la noticia de haber sido elegido papa, prometió elevar a sede, pero no lo hizo.

Las alamedas públicas son encantadoras, especialmente La Florida y El Prado, situadas fuera de la ciudad, donde, bajo avenidas umbrosas, se reúnen a bailar las clases bajas. Hay además un teatro y un Liceo. El clima es templado, la vida barata y la comida abundante, las frutas y las legumbres muy semejantes a las que se encuentran en el oeste de Inglaterra. La bella y moderna plaza, como la de Salamanca, que le sirvió de modelo, es un cuadrado porticado de doscientos veinte pies, y fue construida en 1791 sobre diseños de Justo Antonio de Olaguibel. Aquí se reúnen los desocupados de la plaza del mercado para oír novedades, mientras los diligentes trabajadores del campo esperan a ser contratados, y doncellas semejantes a Hebe acuden en busca de agua y chismorreos. La Casa Consistorial es un bello edificio. Hay poca cosa que ver, aparte de esto. Visítese el hospital, con su fachada clásica, diseñado en 1630 por el capuchino Lorenzo Jordanes: la piedra oscura, procedente de las canteras de Anda, contribuye a su grandioso carácter. La disposición del interior no es todo lo que cabría desear.

Súbase al campanario de Santa María, desde donde se ve la vasta llanura, moteada por ciento sesenta y ocho aldeas. Obsérvese el pórtico que hay debajo de esta torre, con hornacinas e imágenes. Ante el altar mayor, en el aniversario de la muerte de sus maridos, se postran las viudas sobre un paño negro iluminado con velones amarillos. En la sacristía hay, o había, un malherido *Cristo*

*muerto*, obra de Ribera, 1645, y en el Noviciado, en el piso de arriba, un *San Pedro y San Pablo* del mismo autor, y muy bello.

Examínense los retablos que hay en las iglesias de San Vicente y San Miguel, el último de los cuales es obra de Hernández. La estatua de la Concepción es excelente. El escudo de Vitoria consiste en “un castillo apoyado en dos leones”. Como los de las otras ciudades vascas, sus habitantes negaron toda ayuda a nuestros heridos, aunque el ejército había gastado allí casi todo el dinero y el botín conquistado a los invasores, enriqueciendo de esta manera una plaza que el enemigo había empobrecido. Aquí, como en Talavera, le fue negado al oro de un aliado lo mismo que el invasor había conseguido por el hierro, pero es que en España, como en Oriente, la fuerza parece necesaria cuando se quiere conseguir provisiones. Las autoridades rehusaron a nuestros comisarios incluso el uso de iglesias y conventos vacíos que habían sido destripados al ser saqueada Vitoria por Verdier el 5 de junio de 1808. Y fue también aquí donde el general Evans y su legión fueron abandonados a su suerte como perros en sótanos húmedos, sin recibir ni la ayuda, ni siquiera la piedad, de los que mandaban en Vitoria. Hay una Historia local, por Landázuri, cuarto, dos volúmenes, Madrid, 1780.

Hay comunicaciones por diligencia con Irún, ruta CXVIII; con Burgos, ruta CXVI; con Madrid, ruta CXIII; con Pamplona, ruta CXIX, y con Bilbao, ruta CXX.

## RUTA CXVIII DE VITORIA A IRÚN

	Leguas	
Arrazabe	2	
Salinas de Leniz	2 <sup>1/2</sup>	4 <sup>1/2</sup>
Escoriaza	1	5 <sup>1/2</sup>
Mondragón	1	6 <sup>1/2</sup>
Vergara	2	8 <sup>1/2</sup>
Villarreal	2 <sup>1/2</sup>	11
Villafranca	3	14
Tolosa	3	17
Andoáin	2	19
Astigarraga	2	21
Oyárzun	2 <sup>1/2</sup>	23 <sup>1/2</sup>
Irún	2 <sup>1/2</sup>	26

**A**l salir de Vitoria no tardamos en llegar a las colinas, que parecen galesas, con bosquecillos verdes, cosechas de maíz y bonitos pueblos emperchados en las alturas. Ahora el sombrero de tipo irlandés es suplantado por la gorra azul plana, o *bereta*. Las piernas de los campesinos están envueltas hasta las rodillas en vendajes moros y sus pies metidos en abarcas iberas. Las mujeres trabajan duramente, y tienen aspecto avejentado y deshecho; de no ser por sus pañuelos blancos, su sexo (excepto en el caso de las muy jóvenes) se vería borrado por el trabajo masculino que hacen. El arquitecto notará sin duda las